Deja de mirar al mundo y pon tus ojos en Jesús // Charlas Bíblicas

Jesús, nuestro máximo ejemplo: mantener la mirada puesta en Cristo

La importancia de tener buenos referentes en la vida

A lo largo de nuestra vida, todos buscamos figuras de referencia a las que admirar e imitar. Pueden ser nuestros padres, abuelos, tíos u otras personas que, por su manera de vivir, sus valores y sus acciones, se convierten en ejemplos que deseamos seguir. Sin embargo, no imitamos a cualquier persona, sino a aquellas que consideramos dignas de respeto y admiración.

En la sociedad actual parece existir una preocupante escasez de referentes positivos. Con frecuencia, los personajes que ocupan los espacios más visibles de los medios de comunicación muestran comportamientos marcados por el engaño, la soberbia, la vanagloria y la falta de humildad. Incluso figuras públicas y deportistas proclaman abiertamente que merecen determinados reconocimientos, en lugar de dejar que sus méritos y sus acciones hablen por ellos.

Esta realidad contrasta con una época en la que la modestia era considerada una virtud y la soberbia o la altivez eran

actitudes mal vistas. Hoy parece que la humildad ha perdido valor frente a una cultura que promueve el ego, la exaltación personal y la necesidad constante de reconocimiento.

Como consecuencia, muchas personas se encuentran sin referentes claros a los que seguir. Sin embargo, existe un modelo que permanece por encima de cualquier ejemplo humano: Jesucristo. Él es el referente definitivo, aquel en quien debemos poner nuestra mirada y de quien podemos aprender a vivir.

Jesucristo, el máximo ejemplo de humildad

En el capítulo 2 de Filipenses, el apóstol Pablo presenta a Jesucristo como el máximo ejemplo para la vida del creyente. En lugar de ponerse a sí mismo como modelo, dirige la atención hacia Cristo y exhorta a adoptar su misma actitud.

Pablo comienza haciendo un llamado a vivir en unidad, con un mismo amor, en comunión del Espíritu, con afecto entrañable y misericordia. También advierte sobre la importancia de no actuar por contienda ni por vanagloria, sino con humildad, considerando a los demás como superiores a uno mismo.

Esta enseñanza resulta especialmente necesaria en un mundo donde predominan el orgullo, la egolatría y la búsqueda de reconocimiento. La invitación de Pablo es abandonar esas actitudes y aprender de Jesús, quien enseñó con su propia vida lo que significa ser verdaderamente humilde.

Jesucristo mismo invitó a aprender de su mansedumbre y humildad de corazón. No se trata de aparentar modestia delante de los demás, sino de desarrollar una actitud genuina que nazca del interior.

El orgullo, la altivez y la soberbia pueden colocar a una persona al borde de su propia caída. Cuando alguien vive

preocupado por demostrar que es superior, por defender su posición o por recibir reconocimiento, termina alejándose de los valores que verdaderamente construyen una vida con propósito.

Por eso, Pablo señala que debemos abandonar los malos ejemplos y adoptar el sentir que hubo en Cristo Jesús. La pregunta no es cuánto reconocimiento recibimos ni cuántas personas nos admiran, sino cuánto de Jesús se refleja en nuestra manera de vivir.

El despojo de Cristo: una muestra extraordinaria de amor

Filipenses 2 presenta una de las expresiones más profundas de la humildad de Jesucristo. Siendo Dios, no consideró su igualdad con Dios como algo a lo que debía aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomando forma de siervo y haciéndose semejante a los hombres.

Esta actitud contrasta con la tendencia humana a aferrarse a los cargos, las posiciones, los privilegios y los reconocimientos. Muchas personas tienen dificultades para renunciar a aquello que consideran una muestra de su importancia. Sin embargo, Jesús, siendo quien era, estuvo dispuesto a humillarse.

Su despojo puede entenderse como el acto de dejar una condición de gloria para asumir las limitaciones propias de la existencia humana. Al hacerse hombre, experimentó las necesidades físicas y las incomodidades de la vida terrenal. Conoció el cansancio, la sed, el calor, el dolor y todas aquellas circunstancias que forman parte de la experiencia humana.

Pero su decisión tenía un propósito mucho mayor: amar a la humanidad y ofrecerle libertad de su manera equivocada de

vivir.

Jesús no solamente tomó forma de siervo, sino que se humilló a sí mismo y fue obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Aceptó el sufrimiento más profundo, una forma de ejecución impuesta por el Imperio romano que representaba un enorme castigo físico y una profunda humillación social.

En la cruz experimentó dolores físicos, emocionales y espirituales. También sufrió la traición, la injusticia y el abandono. Su entrega fue la expresión máxima de un amor que no buscó proteger sus propios privilegios, sino rescatar a la humanidad.

Por esa razón, Dios lo exaltó hasta lo sumo y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que ante el nombre de Jesús se doble toda rodilla y toda lengua confiese que Jesucristo es el Señor.

Aquí encontramos una enseñanza fundamental: la verdadera grandeza no consiste en exaltarnos a nosotros mismos, sino en vivir con humildad, amor y obediencia. Jesús es el ejemplo supremo porque, aun teniendo toda autoridad, eligió servir y entregarse por los demás.

Imitar a Cristo y elegir correctamente dónde ponemos nuestra mirada

El apóstol Pablo también invitó a sus seguidores a imitarlo, pero esa invitación tenía una condición fundamental: seguir su ejemplo en la medida en que él mismo reflejara a Cristo. Pablo no pretendía convertirse en el centro de atención, sino conducir a otros hacia Jesús, porque había aprendido a conocerlo y a vivir conforme a su ejemplo.

Esta enseñanza nos lleva a reflexionar sobre nuestros propios

referentes. No podemos depositar toda nuestra confianza en las personas, porque los seres humanos somos imperfectos y podemos equivocarnos. Tampoco debemos permitir que nuestras circunstancias determinen por completo el rumbo de nuestra vida.

La falta de dirección no es un problema exclusivo de los jóvenes. Aunque muchas veces se piensa que los adolescentes y los jóvenes todavía no tienen claros sus objetivos porque están formando su personalidad, también existen personas adultas que, después de haber vivido numerosas experiencias, siguen sin saber qué camino tomar.

La edad y las experiencias acumuladas no garantizan por sí mismas tener una dirección clara. Lo verdaderamente importante es saber hacia dónde estamos mirando y qué modelo estamos siguiendo.

Por eso, el llamado es a dejar de poner nuestra mirada exclusivamente en los seres humanos, en los errores ajenos o en las circunstancias que nos han llevado hasta nuestra situación actual. Nuestra atención debe estar puesta en Cristo Jesús, el autor y consumador de la fe.

Pedro camina sobre las aguas: la importancia de mantener los ojos en Jesús

El relato de Pedro caminando sobre las aguas nos ofrece una enseñanza extraordinaria sobre la fe y la importancia de mantener nuestra mirada en Jesús.

Los discípulos se encontraban en una barca en el lago de Genesaret cuando fueron sorprendidos por una gran tormenta. El viento y las olas amenazaban con poner sus vidas en peligro. En medio de aquella situación, vieron a Jesús caminando sobre el agua, pero inicialmente pensaron que era un fantasma.

Cuando reconocieron al Señor, Pedro, impulsado por su carácter intrépido, le pidió que le permitiera ir hacia él caminando sobre las aguas. Jesús respondió sencillamente: «Ven».

Pedro salió de la barca y comenzó a caminar sobre el agua. Aquello que parecía imposible se convirtió en una realidad mientras mantenía su atención puesta en Jesús. Su mirada estaba dirigida hacia aquel que lo había llamado y, mientras permaneció enfocado en él, pudo avanzar sobre las aguas.

Esta experiencia nos recuerda que mantener los ojos puestos en Jesucristo no significa que nunca tendremos tormentas o dificultades. La fe no implica vivir sin problemas, sino recibir de Dios la fuerza necesaria para atravesarlos. Las circunstancias pueden seguir siendo complicadas, pero nuestra confianza está puesta en alguien que es superior a cualquier dificultad.

Sin embargo, cuando el viento sopló con fuerza y las olas comenzaron a arreciar, Pedro desvió su mirada de Jesús y empezó a prestar atención a lo que sucedía a su alrededor. Al concentrarse en la fuerza de la tormenta, tuvo miedo y comenzó a hundirse.

La diferencia no estaba en que el viento hubiera aparecido de repente, porque la tormenta ya estaba allí. La diferencia fue que Pedro dejó de mirar a Jesús y comenzó a mirar las circunstancias.

Esta es una de las grandes lecciones de este relato: aquello en lo que concentramos nuestra atención puede influir profundamente en nuestra manera de afrontar la vida. Cuando nuestra mirada queda atrapada por los problemas, el miedo, la incertidumbre o las dificultades, podemos perder de vista a quien tiene poder para sostenernos.

Nuestra ayuda viene del Señor

El libro de los Salmos nos invita a levantar nuestros ojos hacia los montes y reconocer que nuestro socorro viene del Señor, creador de los cielos y de la tierra.

Esta declaración nos recuerda que nuestra ayuda no depende exclusivamente de la capacidad humana, de nuestros conocimientos o de los argumentos que podamos construir para explicar la realidad. Nuestra confianza debe estar puesta en Dios.

Aunque vivimos en una sociedad donde existen numerosos pensamientos, filosofías y argumentos que pueden desviar nuestra atención hacia la capacidad intelectual del ser humano, necesitamos volver a poner nuestra mirada en Jesucristo de Nazaret.

No se trata de ignorar la realidad ni de dejar de reconocer los problemas, sino de evitar que estos ocupen el lugar que le corresponde a Dios en nuestra vida. Hay cosas que consumen nuestra atención, pero no producen ningún fruto positivo. Por eso, debemos aprender a distinguir aquello que realmente nos acerca al Señor de aquello que nos aleja de él.

La calidad de un árbol se reconoce por sus frutos. El buen árbol produce buen fruto y el mal árbol produce mal fruto. De la misma manera, nuestras actitudes, decisiones y comportamientos revelan aquello que estamos cultivando en nuestro interior.

Si nuestra mirada está puesta en Cristo, nuestra vida debe comenzar a reflejar su carácter, su humildad, su amor y su misericordia.

¿Qué sucede cuando quitamos nuestra mirada de Jesús?

Es importante detenernos y realizar una reflexión sincera sobre nuestra propia vida. No basta con aparentar que todo está bien delante de los demás. Necesitamos tener la valentía de reconocer qué está sucediendo realmente en nuestro interior.

Cuando dejamos de mirar a Jesús, las consecuencias pueden manifestarse en diferentes áreas de nuestra vida. Podemos experimentar insatisfacción personal, pérdida de paz y dificultades para vivir en libertad frente al pecado.

También podemos comenzar a sentir una carga demasiado pesada, vivir bajo sentimientos de condenación o experimentar una frustración constante que nos impide avanzar.

Estas situaciones nos invitan a preguntarnos si hemos perdido el enfoque y si hemos permitido que otras cosas ocupen el lugar que debería tener Cristo.

El relato de Pedro nos enseña que incluso alguien que había comenzado a caminar sobre las aguas por su fe podía experimentar miedo y comenzar a hundirse cuando desviaba su mirada. Sin embargo, su caída no significó el final de su historia.

Precisamente en el momento en que comenzó a hundirse, Pedro reconoció su necesidad y clamó a Jesús para que lo salvara. Aquella experiencia lo llevó a desarrollar la humildad necesaria para reconocer que no podía sostenerse por sí mismo.

Quizá ese sea también el momento que muchas personas necesitan vivir: reconocer que han estado mirando en la dirección equivocada y decidir volver a poner sus ojos en Jesús.

«Señor, sálvame»: el clamor de quien reconoce su necesidad

Cuando Pedro comenzó a hundirse, pronunció una de las expresiones más sencillas y profundas que encontramos en este relato: «Señor, sálvame».

No intentó justificarse ni demostrar que podía resolver la situación por sus propios medios. Reconoció que necesitaba ayuda y acudió directamente a Jesús.

Muchas personas pueden identificarse con esa experiencia. Hay quienes sienten que están con el agua al cuello, que las dificultades los están superando y que ya no encuentran una salida.

En ocasiones, esa sensación está relacionada con problemas económicos o deudas que parecen imposibles de resolver. En otras, tiene que ver con la falta de paz interior, la frustración, el sentimiento de fracaso o el peso de situaciones personales que se han ido acumulando.

Estar hundido no siempre significa atravesar una dificultad económica. También puede significar vivir sin tranquilidad, sentirse atrapado por los propios errores o experimentar una carga emocional y espiritual que parece demasiado grande.

Ante estas circunstancias, necesitamos la humildad de Pedro para reconocer nuestra necesidad y clamar al Señor: «Señor, sálvame».

Lo extraordinario del relato es la respuesta de Jesús. En lugar de abandonar a Pedro o limitarse a reprocharle que hubiera quitado los ojos de él, extendió su mano y lo rescató.

Jesús respondió con amor, misericordia y bondad. No dejó que Pedro se hundiera ni lo abandonó a su suerte. Lo tomó de la mano y lo levantó.

Esta es una imagen poderosa del carácter de Dios. Cuando reconocemos nuestra debilidad y acudimos a él con un corazón sincero, encontramos a un Señor dispuesto a recibirnos, ayudarnos y levantarnos.

Nuestra distracción no tiene por qué convertirse en el final de nuestra historia. Podemos volver a él, pedir ayuda y recuperar el enfoque que hemos perdido.

Jesucristo perdona, restaura y levanta nuestra vida

Uno de los mensajes más importantes de esta enseñanza es que nadie está demasiado lejos como para no poder acudir a Jesús. Puede haber personas que carguen con errores del pasado, decisiones equivocadas o acciones de las que se arrepienten profundamente. Quizá incluso se pregunten quién podría perdonarlas después de todo lo que han hecho.

La respuesta se encuentra en Jesucristo. Él es quien perdona nuestros pecados, nos limpia de toda maldad y carga con nuestras faltas. Su amor y su misericordia son mayores que aquello que nos hace sentir condenados.

Dios es quien rescata nuestra vida del hoyo y nos corona de favores y misericordia. Su deseo es manifestar su bondad y levantarnos, tal como hizo con Pedro cuando comenzó a hundirse.

Por eso, no debemos permitir que la culpa, el miedo, la frustración o las circunstancias nos hagan olvidar quién es nuestro Señor. Nuestra esperanza no está en nuestra propia capacidad para mantenernos a flote, sino en la mano de aquel que puede rescatarnos.

Volver a poner los ojos en Cristo

La enseñanza de Filipenses 2 y el relato de Pedro caminando sobre las aguas nos conducen a una misma conclusión: Jesucristo es nuestro máximo ejemplo y el lugar donde debemos mantener nuestra mirada.

En un mundo que promueve la soberbia, la exaltación personal y la búsqueda constante de reconocimiento, Jesús nos enseña el camino de la humildad, el servicio, el amor y la obediencia. Su vida demuestra que la verdadera grandeza no consiste en aferrarse a los privilegios, sino en estar dispuesto a entregarse por los demás.

Pedro, por su parte, nos recuerda que podemos comenzar a caminar con fe y, aun así, distraernos ante la fuerza de las circunstancias. Pero también nos enseña que, cuando reconocemos nuestra necesidad y clamamos al Señor, encontramos una mano extendida que nos rescata.

Quizá hoy haya personas que necesiten recuperar la paz, encontrar libertad frente al pecado, superar una frustración o dejar atrás una carga que llevan demasiado tiempo soportando. La invitación es a dejar de mirar aquello que no puede sostenernos y volver los ojos hacia Jesucristo.

No importa cuánto tiempo hayamos estado mirando en otra dirección ni cuán profundas parezcan nuestras dificultades. Siempre podemos acudir al Señor con un corazón humilde y sincero.

Jesús sigue siendo nuestro ejemplo, nuestra esperanza y nuestro refugio. Mantengamos los ojos puestos en él, porque quien nos llama a caminar también es quien extiende su mano para levantarnos cuando comenzamos a hundirnos.

Oración: Señor, sálvame y vuelve a levantarme

Señor, hoy reconocemos tu bondad, tu amor y tu misericordia. Te pedimos que derribes todo argumento de altivez, orgullo y soberbia que se levante en nuestra mente y en nuestro corazón contra el conocimiento de ti.

Que tu gloria, tu amor y tu bondad se manifiesten en cada vida. Que tu conocimiento llene nuestra tierra y que podamos experimentar tu presencia de una manera profunda y verdadera.

Señor, así como extendiste tu mano para rescatar a Pedro cuando comenzó a hundirse, extiende también tu mano sobre quienes hoy se sienten abrumados por sus circunstancias. Levanta al que está caído, devuelve la paz a quien la ha perdido y trae libertad a quienes viven cargados por sus errores y pecados.

Jesucristo, reconocemos que tú eres quien perdona nuestras faltas, nos limpia de toda maldad y nos ofrece una nueva oportunidad. Rescata nuestra vida del hoyo y corónala de favores y misericordia.

Ayúdanos a dejar de mirar las tormentas y las dificultades como si fueran más grandes que tú. Enséñanos a mantener nuestros ojos puestos en Cristo y a vivir siguiendo su ejemplo de humildad, amor y obediencia.

Gracias porque tienes un propósito para cada vida y porque tu mano sigue extendida para levantar a quienes claman a ti.

En el nombre de Jesús. Amén.